

Cuadernos de **Elementos**

n ú m e r o

16



**Las locerías y los centros históricos en Puebla,
ciudad de México, Sevilla y Talavera de la Reina,
siglos XVI-XVIII**

Emma Yanes Rizo

elementos

Cuadernos de **Elementos**

n ú m e r o

16

**Las locerías y los centros históricos en Puebla,
ciudad de México, Sevilla y Talavera de la Reina,
siglos XVI-XVIII**

Emma Yanes Rizo

elementos



BUAP

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

rectora, Ma. Lilia Cedillo Ramírez

secretario general, José Manuel Alonso Orozco

vicerrector de investigación y estudios de posgrado, Ygnacio Martínez Laguna

ELEMENTOS

revista trimestral de ciencia y cultura

director, Enrique Soto Eguibar

subdirector, José Emilio Salceda

consejo editorial, Itziar Aretxaga (INAOE), Beatriz Eugenia Baca (ICUAP, BUAP), María Emilia Beyer Ruiz (DGDC, UNAM), María de la Paz Elizalde, (ICUAP, BUAP), Ana Lidya Flores Marín (IBERO Puebla), Marcelo Gauchat (FUNDACIÓN FORMA, A.C.), Sergio Segundo González Muñoz (COLPOS Montecillo), Federico Méndez Lavielle (Facultad de Ingeniería, UNAM), Jesús Mendoza Álvarez (CONACYT), Ricardo Moreno Botello (Ediciones de Educación y Cultura), Francisco Pellicer Graham (Instituto Nacional de Psiquiatría), Adriana Pliego Carrillo (Facultad de Medicina, UAEM), Leticia Quintero Cortés (ICUAP, BUAP), José Emilio Salceda (Instituto de Fisiología, BUAP), Gerardo Torres del Castillo (Facultad de Ciencias Físico Matemáticas, BUAP), Catalina Valdés Baizabal (Laboratorio de Neurobiología Celular, Universidad de La Laguna), Enrique Vergara (ICUAP, BUAP).

diseño: Mirna Guevara

corrección de estilo: Emilio Salceda

email: esoto24@gmail.com

Reserva de derechos al uso exclusivo 04-2018-101113435900-102. ISSN 0187-9073, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor de la Secretaría de Cultura. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido (en trámite) en la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación.

www.elementos.buap.mx



En septiembre de 1997, Puebla y Tlaxcala adquieren la Denominación de Origen por la elaboración artesanal de la talavera desde la época colonial. En diciembre de 2019, la técnica de la talavera es declarada Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad como un bien binacional que une a México y España.

México es un país hecho a mano, un país de tierras de colores con olor a futuro. Su historia, desde la época prehispánica a la actualidad, puede leerse en cada pieza de barro, cuya manufactura proviene de las manos sabias de las personas artesanas. La técnica de la talavera que permanece hasta nuestros días tiene una larga historia que se debe, entre otras razones, a la permanencia en la transmisión de conocimientos generación tras generación a lo largo de cinco siglos y al gusto social de su uso a través del tiempo.

La técnica de la loza estannífera, conocida popularmente como talavera, arribó a la Nueva España a mediados del siglo XVI con la impronta cultural de España, imbuida a su vez de la tradición cerámica del mundo árabe, la seducción del azul de la porcelana oriental y, ya en el siglo XVII, de la paleta policroma del renacimiento italiano. Llegó la talavera para no irse; se quedaron desde el siglo XVI en la Puebla de los Ángeles los primeros loceros españoles e italianos originarios de Talavera de la Reina, Puente del Arzobispo, Sevilla, Génova y Liguria, entre otras ciudades. Transmitieron sus conocimientos de padres a hijos y de maestros a oficiales y aprendices, apoyados en la sabiduría local de los pueblos indígenas en el manejo del barro.

Para el siglo XVII, la red de loceros ya estaba en manos de criollos y mestizos, y en los talleres había oficiales trabajadores indígenas y africanos, además de los asiáticos dedicados básicamente a la ornamentación. Los artesanos se comunicaban entre sí a través de un lenguaje visual y del aprendizaje manual; cada pieza de loza estannífera o talavera, de azulejos y esculturas, representa un diálogo pluricultural. Son lienzos de sabiduría colectiva: un trozo de la belleza del mundo que podemos acariciar.

Otra razón por la que la técnica de la talavera se quedó en nuestra patria es por la necesidad de arte, en los términos de Alois Riegl; es decir, la vocación de México por celebrar la belleza en las cúpulas de las iglesias, las fachadas, las cocinas, las fuentes y las costumbres de mesa.

El presente artículo pretende dar cuenta de por qué la ubicación de los talleres se volvió un elemento fundamental para la preservación de la técnica, así como las diferencias y puntos en común de dicha ubicación entre Puebla, ciudad de México, Sevilla y Talavera de la Reina, y las distintas estrategias de rescate de los antiguos talleres en las diferentes ciudades mencionadas. Dicho rescate es fundamental porque los alfares de la época colonial en México o moderna en España constituyen una fuente de información fundamental sobre los procesos de trabajo de la alfarería, el desarrollo tecnológico, la arqueología, la ornamentación y las costumbres de mesa. En pocas palabras, dan cuenta de la vida social de dichas ciudades y, por ende, de España y México y sus vínculos entre sí.

LOS TALLERES CERÁMICOS COMO ESPACIOS DE CONOCIMIENTO

La historia de la loza estannífera, o talavera poblana como se le conoce popularmente, es particularmente importante para la ciudad Angelopolitana, dado que se trata de una tradición cerámica que, con pequeñas variaciones, permanece hasta la actualidad y cuenta con la Denominación de Origen. Para conocer cómo la talavera poblana logró conservar y fortalecer esa transmisión de conocimientos, se requiere estudiar el espacio fundamental donde se han transmitido esos saberes: los talleres o alfares. Por fortuna, se cuenta con documentos notariales y tiestos o piezas donde se ejemplifica el tipo de producción, con lo cual es posible tener un acercamiento sobre la forma de trabajo (Diagrama 1).

Las antiguas locerías poblanas del siglo XVIII que aún permanecen, en total estado de abandono, podrían ofrecer información fundamental sobre la técnica cerámica de la época y los talleres como espacio social; esto ya se ha realizado en Sevilla y Talavera de la Reina, España. Al estudiar las fuentes, salta a la vista que el conocimiento cerámico que llegó a Puebla desde el mundo ibérico no solo se refirió a la manufactura de las piezas, a su decoración y posterior cocción, sino a la propia elaboración de las máquinas-herramientas que la hicieron posible, como tornos, piletas, molinos y hornos que se construyeron en Puebla tomando como base los patrones europeos. Más

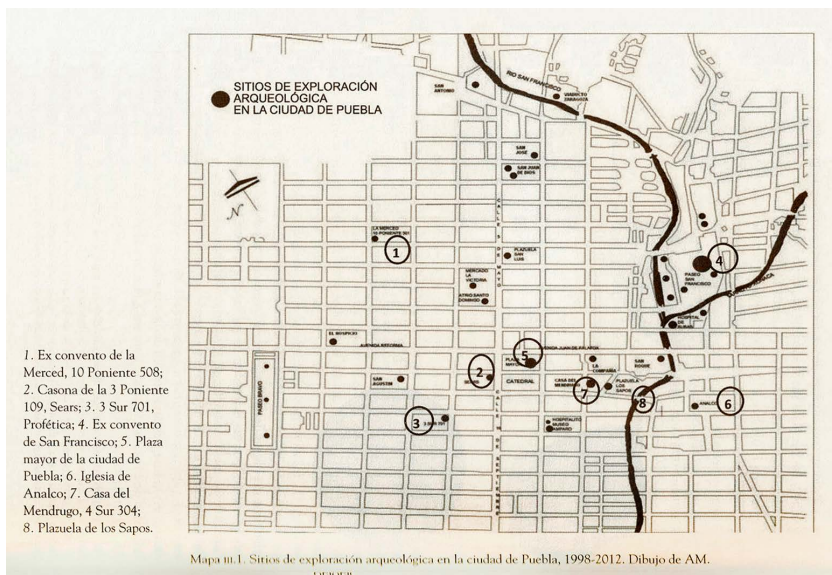


Diagrama 1. Sitios de exploración arqueológica en la ciudad de Puebla, 1998-2012. 1. Ex convento la Merced, 10 Poniente 508; 2. Casona de la 3 Poniente 109, Sears; 3. Profética, 3 Sur 701; 4. Ex convento de San Francisco; 5. Plaza Mayor de la ciudad de Puebla; 6. Iglesia de Analco; 7. Casa del Mendrugo, 4 Sur 304; 8. Plazuela de los Sapos.

aún, la transmisión inicial de conocimiento se inicia con el lugar donde fueron ubicados los talleres de acuerdo con las necesidades de producción, que incluyen desde luego las materias primas y la fuerza de trabajo, así como la distribución del espacio y división del trabajo dentro del propio taller. En este sentido, el presente trabajo pretende documentar, a grandes rasgos, cuál fue la ubicación original de los talleres poblanos y compararla con los centros cerámicos que les dieron origen: Talavera de la Reina y Sevilla; también con las locerías establecidas en la ciudad de México.

PUEBLA

Desde mi punto de vista, las principales razones que facilitaron el asentamiento de los loceros ibéricos en la ciudad de Puebla fueron la existencia, cerca de la ciudad, de las materias primas necesarias, tales como agua, barro, leña y

tequesquite, y la ubicación de la Angelópolis como centro comercial; también incidió el crecimiento de la urbe y el establecimiento de grandes conventos que requerían forzosamente del servicio de la loza. Por estas razones, desde mi tesis doctoral,¹ la localización geográfica de todo lo anterior se convirtió en una búsqueda primordial.

Lamentablemente no existe ningún plano de Puebla entre 1550 y 1653 que abarque la época del asentamiento de los primeros loceros; por ello, para localizar tanto los talleres como los bancos de materias primas dentro o cercanos a la ciudad de Puebla, recurrí al hasta hoy considerado el plano más antiguo de la Angelópolis: Planta de la ciudad de los Ángeles de la Nueva España: 1698 (Plano 1), de Cristóbal de Guadalajara, un sacerdote, matemático, investigador, historiador, geógrafo y cartógrafo mexicano, con residencia en la ciudad de Puebla² y colega en su momento de Carlos de Sigüenza y Góngora.

El plano original se encuentra en el Archivo General de Indias en Sevilla y existe una copia en el Archivo del Ayuntamiento de Puebla. Fue publicado por primera vez en España en 1952³ y en 1995 por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.⁴ En el plano, el este es señalado hacia arriba, el oeste hacia abajo, el norte está situado a la izquierda y el sur a la derecha; el lado oriente de la ciudad aparece, desde la perspectiva del observador, en la parte superior, ubicado por el rumbo del cerro de San Juan.⁵ Pese a que la Planta de la ciudad no corresponde con la tradicional orientación meridional de los planos y a que carece de escala,⁶ la ubicación de solares, la distribución de la tierra, los edificios y caminos que corresponden a los siglos XVI y XVII; usando como referencia dicho plano ha sido considerada como válida y confiable por destacados investigadores como Eloy Méndez Sáinz, quien indica que el perímetro del área ocupada en el plano es la misma que la de un siglo antes.⁷

De igual manera, Francisco Vélez Pliego en su artículo “Puebla de Zaragoza, antigua ciudad de los Ángeles, patrimonio cultural de la humanidad”⁸ compara, con base en las actas de cabildo del siglo XVI a mediados del XVII y las crónicas de la época, lo establecido en el plano de 1698 para determinar la pertinencia de uso como fuente documental gráfica para el análisis territorial del siglo XVI.

El estudio de la localización de los talleres de los loceros en Puebla permite entender, al menos en parte, las razones geográficas y sociales de su instalación, con elementos de análisis hasta ahora no considerados por otros investigadores.⁹ Tanto el historiador Hugo Leicht como Lister and Lister, partiendo de la información existente cuando realizaron sus trabajos, ubican los talleres de los loceros de los siglos XVI al XVIII dentro de la traza española, en el lado norponiente de la ciudad, a partir de la iglesia de San Marcos hacia el norte, para aprovechar los vientos favorables y evitar que el humo causara daño a los vecinos, así como para abastecerse de agua de un escurrimiento (bastante escaso) sobre la hoy once norte. Dichas opiniones y la posible formación de un barrio de alfareros en esa zona fueron retomadas posteriormente por Efraín Castro Morales y Margaret E. Connors.¹⁰ Sin embargo, como se verá más adelante, esa afirmación solo es válida a partir de 1650 para algunos de los talleres de loceros que forman el gremio unos años después y no para los alfares de los primeros loceros, de los que tenemos definida su localización a partir de 1595 y hasta 1653.

En el Plano 1 separamos la ubicación de los talleres en dos espacios: 1) La comunidad original de los primeros loceros (1595-1653) formada básicamente por artesanos ibéricos; y 2) Los que integran a partir de 1653 el gremio de loceros y cuyos maestros ya son criollos y mestizos.

La primera referencia que se tiene de un alfar establecido data de 1595. Los primeros loceros se instalaron en un área estratégica de la zona noro-riente dentro de la traza española de la ciudad. Al oriente, a solo una manzana, aproximadamente ciento cincuenta metros del río de San Francisco, para el abastecimiento de barro y agua, en una zona a más o menos medio kilómetro de los barrios indígenas de Analco y Xonaca ubicados en la ribera opuesta del río, y sobre las tres primeras calles del camino de Veracruz rumbo a la ciudad de México, ya dentro de la ciudad de Puebla. Al sur: sobre la calle de los Mercaderes, zona comercial, a no más de doscientos metros de la plaza principal, donde se encuentra el edificio del Ayuntamiento y la Catedral, es decir, la zona de mayor prestigio de la ciudad. Al poniente, las locerías rodean el convento de Santo Domingo paralelamente a las cañerías

y cajas de agua del mismo. Al norte, a una distancia no mayor de medio kilómetro, cerca del camino que lleva al volcán La Malinche, donde se abastecen de leña. Al nororiente, a unos dos kilómetros del barrio de Xanenetla en el cerro de Belén, donde los loceros adquieren el barro rojo. Al sureste, aproximadamente a 22 kilómetros, está el poblado de Totimehuacan, de donde se extrae el barro calizo (ver Plano 1).

Es decir, más allá del argumento del establecimiento de las locerías en una zona con vientos favorables para evitar las molestias a los vecinos, en una etapa de construcción de la ciudad, mediados del siglo XVI, en la que en realidad había todavía muy pocas casas en Puebla, la zona inicial de localización de los talleres está regida por la cercanía de los loceros al río de San Francisco y al abastecimiento de la materia prima; así como por el acceso a la fuerza de trabajo indígena en la región circundante, en un área además con gran potencial comercial. Y también por el vínculo de los alfareros con el convento de Santo Domingo, al que abastecen de loza y del que eran cofrades.

Los talleres de los primeros loceros se encuentran dentro de un polígono rectangular de cinco manzanas por lado. Cada una de 150 metros de largo en lo que se refiere al eje oriente-poniente y cien metros de ancho, partiendo del eje norte-sur. Según la traza original, ya desde mediados del siglo XVI cada manzana se divide en seis solares, que a su vez se fraccionaron. En la demarcación actual, este perímetro corresponde, al norte, la 12 Oriente-Poniente; al sur, la 2 Oriente-Poniente; al este, la 6 Norte; y al oeste, la 5 Norte.

En el periodo colonial, el perímetro señalado integra las siguientes calles, que hemos identificado con distintos colores para una mayor comprensión de las colindancias: amarillo, Cerrada de Santo Domingo (6 Oriente-Poniente); verde oscuro, calle de Santo Domingo (4 Oriente-Poniente); verde claro, de los Mesones (8 Oriente-Poniente); rojo, de los Mercaderes (2 Norte-Sur); café, del Puente de San Francisco hacia San Pablo (10 Oriente-Poniente); morado, de San Miguel hacia el Molino (12 Oriente-Poniente). En cada una de las líneas respectivas incorporamos el nombre del locero y su taller en un círculo numerado, así como la fuente documental de donde se obtuvo la información¹¹ (ver Plano 1).

Solo están fuera del rectángulo dos loceros que a la vez son comerciantes: Antonio de Arteaga, que vende loza en la de los Herreros (3 Poniente-Oriente), marcada con azul; y Cristóbal Sánchez en la Calle hacia los Descalzos (16 de Septiembre), indicado con color rosa (ver Plano 1).

Al estudiar el plano, se puede afirmar que la ubicación de las locerías en esa zona no fue un hecho casual; está determinada por las ventajas geográficas, comerciales, sociales y humanas que el área ofrecía para los loceros, a saber:

1) GEOGRÁFICAS

El área fue estratégica para el aprovechamiento de los elementos naturales circundantes a los talleres: agua, barro, leña y vientos favorables, y estaba ubicada cerca del camino de la ciudad de México a Veracruz para favorecer el abastecimiento de las materias primas necesarias para la elaboración del esmalte y de los colores: tequesquite, vidrio, plomo, cobre, hierro, estaño y cobalto, entre otros.

Agua

La hidrografía de la ciudad de Puebla estaba determinada por la presencia del río Atoyac, que cruza de noroeste al sureste, contribuyendo al caudal sus afluentes: el Alseseca, el Xonaca y el San Francisco, también llamado de Almoloya.

Existían además manantiales de agua dulce y aguas termales sulfurosas, producto de la actividad volcánica. El terreno de Puebla tiene entonces dos zonas que la surten con dos tipos de agua: la oriental con agua dulce potable y la occidental con aguas sulfurosas. Al norte se ubicaban los principales manantiales que derivaron en la toma de agua potable para las fuentes públicas y particulares de las casas, al igual que del propio río San Francisco.¹² Los talleres se ubicaban muy cerca del río de San Francisco, que los abasteció de agua dulce potable.

Los loceros también tuvieron acceso al agua potable a través de las fuentes públicas ubicadas en los extremos del convento de Santo Domingo y del convento de la Merced, así como de la “Fuente de Carrasco” ubicada en la 5 Norte, donde a la postre se ubicaría el taller de Diego Salvador Carreto. En el plano, el río San Francisco aparece al oriente; al norte, se marca con línea azul claro las cajas de agua que bajan del volcán La Malinche hacia Puebla, y en cuadros azul claro, las tomas de agua pública en las esquinas del convento de Santo Domingo (ver Plano 1).

En 1535, el convento de San Francisco fue el primero en contar con merced de agua y fuente pública; la concesión le fue renovada en 1558 y 1591. El líquido para el convento proviene, como se ve en el plano, desde el cerro de “las Canteras”, hoy conocido como de Loreto y Guadalupe, y llega al mismo a través de la cañería de barro y cajas de agua.¹³ Posteriormente, en 1556-57, el agua potable llega a la plaza pública; para ello pasa por un arco sobre el río de San Francisco y “por la calle del cinco de mayo, llamada entonces de Santo Domingo”, rumbo al zócalo.¹⁴ Como puede verse en el plano, el trayecto del agua potable del convento de San Francisco rumbo a la plaza pública coincide justamente con la zona donde están ubicadas las primeras locerías.

Después del convento de San Francisco, el de Santo Domingo es de los primeros en contar con agua potable, que era también accesible para los vecinos, cuya merced de agua data de 1549.¹⁵ En 1551, el Ayuntamiento y el convento de Santo Domingo establecen un acuerdo para que dicho convento otorgue al público tres derrames o fuentes de agua, dos a costa del mismo y otra pagada por el Ayuntamiento. Los derrames se pusieron en las esquinas respectivas de Santo Domingo.¹⁶ Y la calle 5 Norte, límite del asentamiento de loceros de 1595 a 1653, donde se establece el taller del maestro criollo Diego Salvador Carreto, se ve beneficiada por el paso de las cajas de agua, cañería y alcantarillas de agua dulce. Al convento de la Merced, sobre dicha calle, se le otorga la concesión de agua en 1598.¹⁷ En 1608, la calle 5 Norte 200 es conocida como “de la Fuente de Carrasco”, cuya familia hace la pila para beneficiar el consumo del público.¹⁸ Considero que la facilidad de abastecimiento de agua en esa zona para los talleres fue una razón importante para su ubicación.¹⁹

Barro

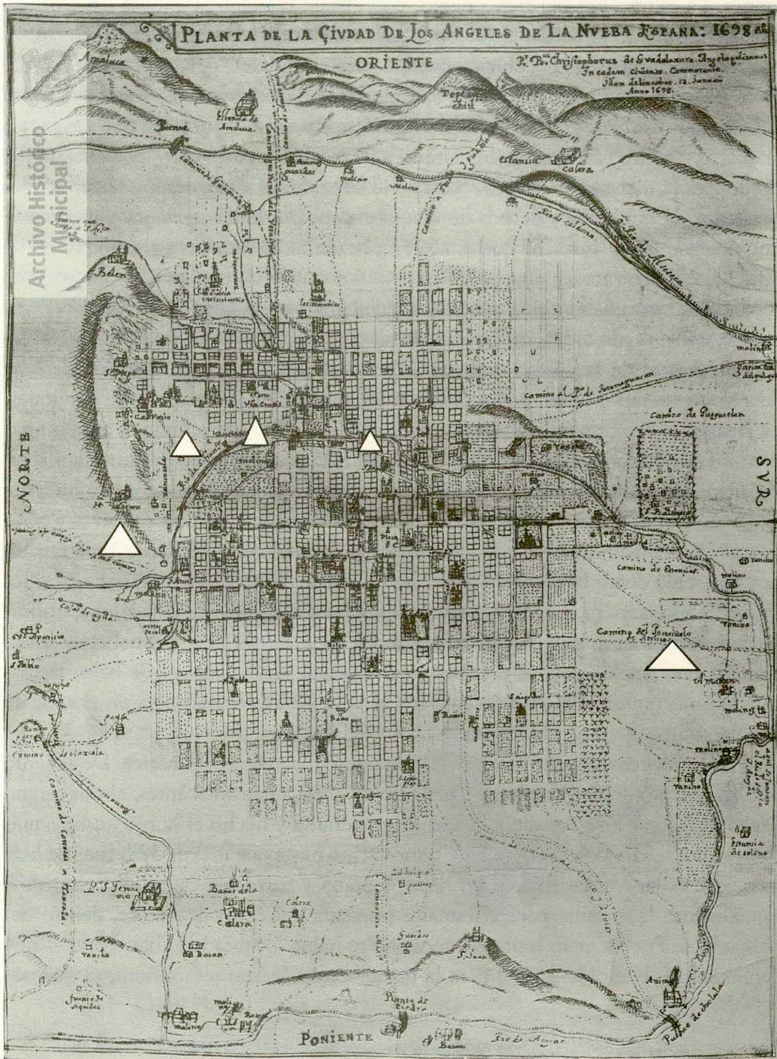
Los primeros loceros consideraron también prioritario ubicar sus talleres cerca del abastecimiento de la arcilla. El barro, ya fuera rojo o negro, se obtenía de diversos bancos: el primero, del propio río de San Francisco, cuyas arenas son útiles para la industria cerámica; el segundo, del barrio de Xanenetla, del otro lado del río de San Francisco, donde están las canteras de Xenene o barro de grano grueso;²⁰ el tercero, del poblado de Tepetlalpan, hoy conocido como el barrio de Analco, de donde se obtiene el barro rojo para los trastes de uso común; y el cuarto, del cerro de Guadalupe, al nororiente. El poblado indígena de Acajete, de tradición alfarera desde la época colonial, sobre la Malinche, también posee bancos de barro usados para la “loza amarilla” o de esmalte con plomo. Por su parte, el barro blanco o rozado permite, por su composición química, que la loza resista una mayor temperatura;²¹ se obtuvo, según algunas fuentes documentales, inicialmente del cerro de Perote, ubicado en el trayecto del camino de la ciudad de Puebla a Veracruz, y posteriormente se extrajo del poblado de San Martín Totimehuacan y de la Laguna de San Baltazar, al sur de las locerías y ya fuera de la traza. En el Plano 2, los distintos bancos de barro se señalan con un triángulo café.

Leña

La leña se obtuvo de la cercana sierra nevada de Tlaxcala o Malitzin. El camino a la Malitzin se distingue en el plano al lado norte de las primeras locerías. De igual manera, el “borujo” (hojarasca utilizada para prender más fácilmente el horno) se adquiría en las huertas de los conventos. La zona de leña está señalada en el Plano 3 con una figura geométrica.

Vientos favorables

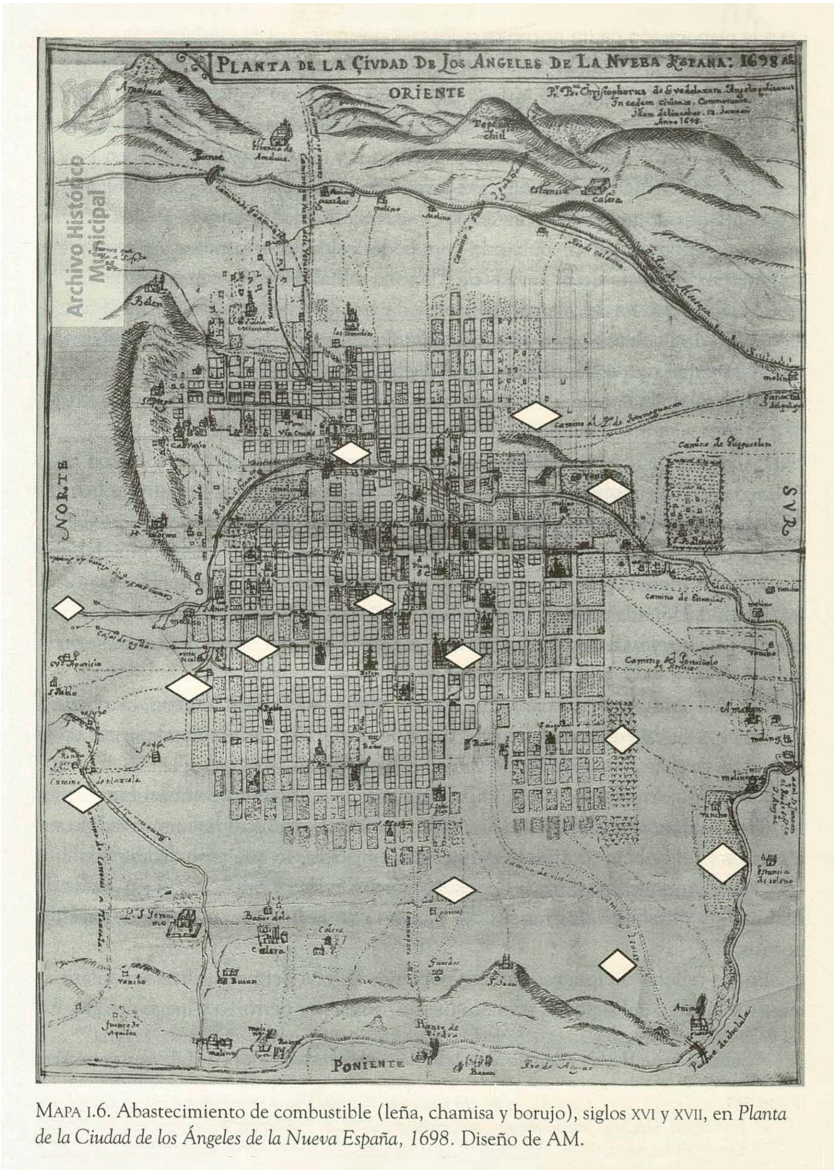
En la ciudad de Puebla, los vientos dominantes corren de sureste a noreste, y queda protegida de los vientos desfavorables del norte por los cerros de Loreto y Guadalupe. La ubicación de las locerías en el rectángulo señalado



MAPA 1.4. En triángulo, ubicación de las principales barreras en la ciudad de Puebla, siglo XVI, sobre *Planta de la Ciudad de los Ángeles de la Nueva España 1698*. Diseño de AM.

Plano 2. Ubicación de los principales bancos de barro de la ciudad de Puebla, siglo XVI.

Las locerías y los centros históricos en Puebla, ciudad de México, Sevilla y Talavera de la Reina, siglos XVI-XVIII



MAPA 1.6. Abastecimiento de combustible (leña, chamisa y borujo), siglos XVI y XVII, en *Planta de la Ciudad de los Ángeles de la Nueva España, 1698*. Diseño de AM.

Plano 3. Ubicación de los principales bancos de barro de la ciudad de Puebla, siglo XVI.

permite también, como en el caso posterior de la ubicación de las locerías en la zona norponiente, que el efecto del humo generado por los hornos circule de manera natural hacia el norte.²² Los vientos dominantes están marcados en el plano con las flechas respectivas de sureste a noreste.

El abastecimiento de materias primas

El esmalte de la loza estannífera está formado por determinado porcentaje de plomo y estaño, y requiere de la sosa o tequesquite para su fundición. Los colores básicos se elaboran, por su parte, con base en los óxidos de hierro, que corresponden al negro y café; el óxido de manganeso también para el café; el óxido de cobre para el verde; el óxido de antimonio para el amarillo; y el de cobalto para la preparación del azul.

Barrilla y tequesquite

La planta de la “barrilla” y el tequesquite o sosa natural, que proviene del sedimento de las lagunas, existe en la época en abundancia tanto en el lago de Texcoco como en la laguna de Totolcingo, en Oriental.²³ Por lo tanto, la ubicación de los loceros en el camino de Puebla a Veracruz, rumbo al cofre de Perote, también resulta óptima para el abastecimiento de dicho material, además de que se vende en la propia ciudad de Puebla, en los talleres de vidrio y jabón. La zona de tequesquite está señalada en el Plano 1 con un triángulo naranja.

Estaño y plomo

El plomo y el estaño provenían de España, del Galeón de Manila y de la producción minera de la propia Nueva España, e incluso del obispado de Puebla. Para su adquisición fue imprescindible la existencia del camino de Veracruz a la ciudad de México y viceversa. Además, los loceros utilizaron material de desperdicio de otras industrias u objetos que existían en la ciudad, como las

Las locerías y los centros históricos en Puebla, ciudad de México, Sevilla y Talavera de la Reina, siglos XVI-XVIII

vajillas de peltre, herramientas, los tubos de los órganos eclesiásticos, objetos litúrgicos, etcétera. En el plano, plomo y estaño se marcan en un triángulo gris.

Vidrio

En 1542 se hizo merced de dos solares a espaldas de la huerta del convento de Santo Domingo al primer vidriero, Rodrigo de Espinoza, quien ubicó su taller en la hoy calle 5 Norte 400, que corresponde al perímetro donde están ubicadas las locerías iniciales. En 1543, el cabildo prohíbe a Espinoza cortar leña a menos de dos leguas de la ciudad, porque “gastaba mucho para su oficio”. De acuerdo con Veytia, citado por Hugo Leicht, a pesar de esa prohibición, el taller seguía funcionando hasta principios del siglo XVIII.²⁴ En el plano, el taller de vidrio de Rodrigo de Espinoza aparece con un triángulo verde claro (ver Plano 1).

Los colores

En 1565 se había establecido en la ciudad de Puebla un “molino de pastel junto al hospital de San Pedro y San Pablo”, en la hoy 2 Oriente-Poniente;²⁵ es decir, dentro del área de los loceros. En él, indican los especialistas: “No se fabricaba pan, ni harina, ni ningún derivado de trigo, se trataba de una unidad donde se producían los colores que se empleaban en las distintas actividades productivas y artísticas de la ciudad”.²⁶ El hierro para la obtención del negro pudo extraerse de la escoria de las herrerías, en la calle justamente de los Herreros, hoy 3 Poniente, a solo trescientos metros de las locerías; el cobre, como ya comentamos, proviene del desecho de otras industrias o de la compra de “alcaparrosa”, mineral que tenía cobre; el amarillo, de las propias letras de imprenta, elaboradas con plomo y antimonio —recordemos que en esa época las imprentas en Puebla están en los portales, frente a la plaza principal, muy cerca de los talleres—; por su parte, el cobalto se obtiene a través del comercio con España y Manila, y probablemente también de minas en la región de Tepoztlán.

2) COMERCIALES. UBICACIÓN DE LAS TIENDAS GREMIALES

Desde el punto de vista comercial, las locerías fueron ubicadas en un lugar privilegiado: las calles del camino de Veracruz a la ciudad de México y también de Puebla rumbo a Oaxaca, llamada de los Mesones, y en la calle de los Mercaderes, colindante con la plaza pública o zócalo, así como en la calle de San Marcos, hoy avenida Reforma, y también rumbo a la Plaza Mayor. Desde 1537, la plaza pública sirve de mercado para toda la ciudad, ya que estaba reglamentado que “solo se hiciera tianguis en la plaza pública y los días lunes”.²⁷ Incluso en 1577 se nombró alhóndiga para la venta de trigo y semillas “a la plaza pública y portales de ella, con las calles que desembocan a esta”.²⁸ En 1588 se autorizó también el establecimiento del tianguis de la ciudad los días miércoles en la calle de los Herreros, frente al convento de San Agustín.²⁹

La cercanía de los talleres a los principales caminos y plazas públicas tuvo varios beneficios: 1) La facilidad de transporte de la loza a los principales centros comerciales (dentro y fuera de la ciudad de Puebla) con menor riesgo de ruptura de la mercancía; 2) La venta directa de la loza en los talleres, estipulada más tarde en las ordenanzas de 1653, ya que los clientes potenciales tienen que pasar forzosamente por esas calles rumbo a la plaza de Puebla o hacia la ciudad de México y viceversa; y 3) La venta de nuevos contenedores de barro en sustitución de los rotos en el trayecto de la Península hacia la Nueva España.

Esta ubicación comercial marcó una diferencia con los loceros de Talavera de la Reina, ya que para ellos la salida de sus productos en esa época era un problema recurrente, que en cierta medida fue resuelto trasladando sus talleres y piezas a ciudades comerciales como el puerto de Sevilla;³⁰ incluso con el viaje trasatlántico de los loceros talaveranos a la propia Puebla de los Ángeles en la Nueva España.

3) LA FUERZA DE TRABAJO

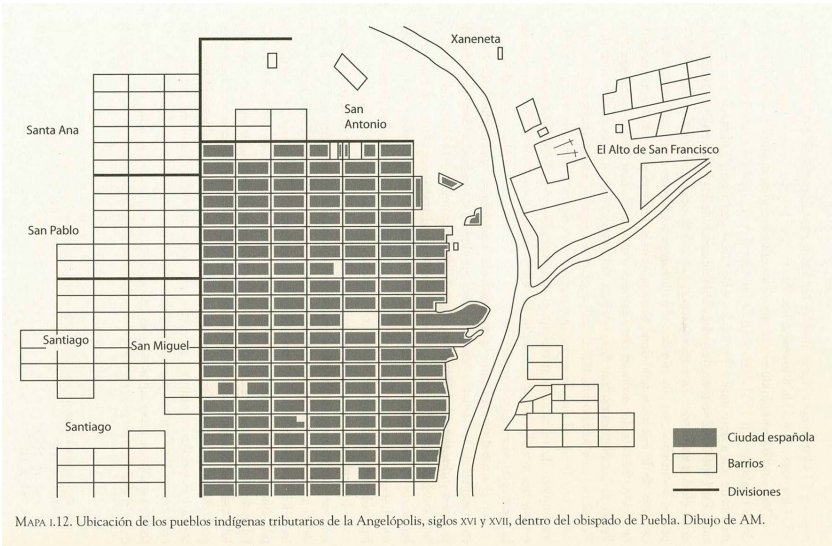
De los documentos revisados en los archivos se deduce que los indígenas fueron la fuerza de trabajo básica de las locerías. A partir de 1561-62, se ubicó

Las locerías y los centros históricos en Puebla, ciudad de México, Sevilla y Talavera de la Reina, siglos XVI-XVIII

en la ciudad de Puebla a los nativos provenientes de Cholula, Tepeaca, Totimehuacán, Tochimilco, Huejotzingo y Calpan fuera de la traza española; fueron ubicados en siete barrios: Analco, Santiago, San Francisco, San Pablo de los Naturales, San Miguel, San Sebastián y dos arrabales, Xonacatepec y Xanenetla.³¹ Según se puede observar, algunos de esos barrios están muy cerca de los talleres, por lo que los loceros contaron con suficiente fuerza de trabajo indígena e incluso con trabajadores especializados en el arte de la cerámica, como eran los tlaxcaltecas, huejotzingos y cholultecas (ver Plano 4).

4) EL ESPACIO SOCIAL

En la Puebla colonial, la organización del espacio por parroquias para administrar y oficiar la misa fue un mecanismo común de la Iglesia para recabar los ingresos fiscales y organizar a su vez las tareas concernientes al adoctrinamiento y administración de los sacramentos. Con base en ello, la Iglesia subdivide los barrios y los pueblos de su jurisdicción en secciones parroquiales.³² La red de iglesias se vuelve así primordial para el diseño de la ciudad y el sentido de pertenencia de sus ciudadanos. La parroquia central o principal estaba constituida por el Sagrario de la catedral y abarcaba precisamente la Plaza Mayor y todas las manzanas adyacentes, es decir, el área céntrica y “lo principal de su población”.³³ La parroquia del Sagrario comprende por tradición “las casas de los vecinos más ricos” o, en su caso, de los avecindados españoles con prestigio social. Por su ubicación, a dicha parroquia pertenecían los primeros loceros ibéricos asentados en Puebla. El recorrido de una de las procesiones más importantes de la Puebla colonial, la de Corpus Christi, pasaba por algunas de las calles de los loceros: Mercaderes, Santo Domingo, Horno de Vidrio y Herreros, para regresar de nuevo a la plaza pública y la catedral.³⁴ La parroquia del Sagrario cuenta también con parroquias auxiliares, como la de San José, que incluye, entre otros, a los barrios de Xanenetla y El Alto, barrios indígenas alfareros, y a la iglesia de San Marcos, sobre la calle de Herreros, posterior sede del gremio de loceros. Habría que agregar, por último, la pertenencia de una de las primeras familias de loceros, los Encinas-Gaytán,



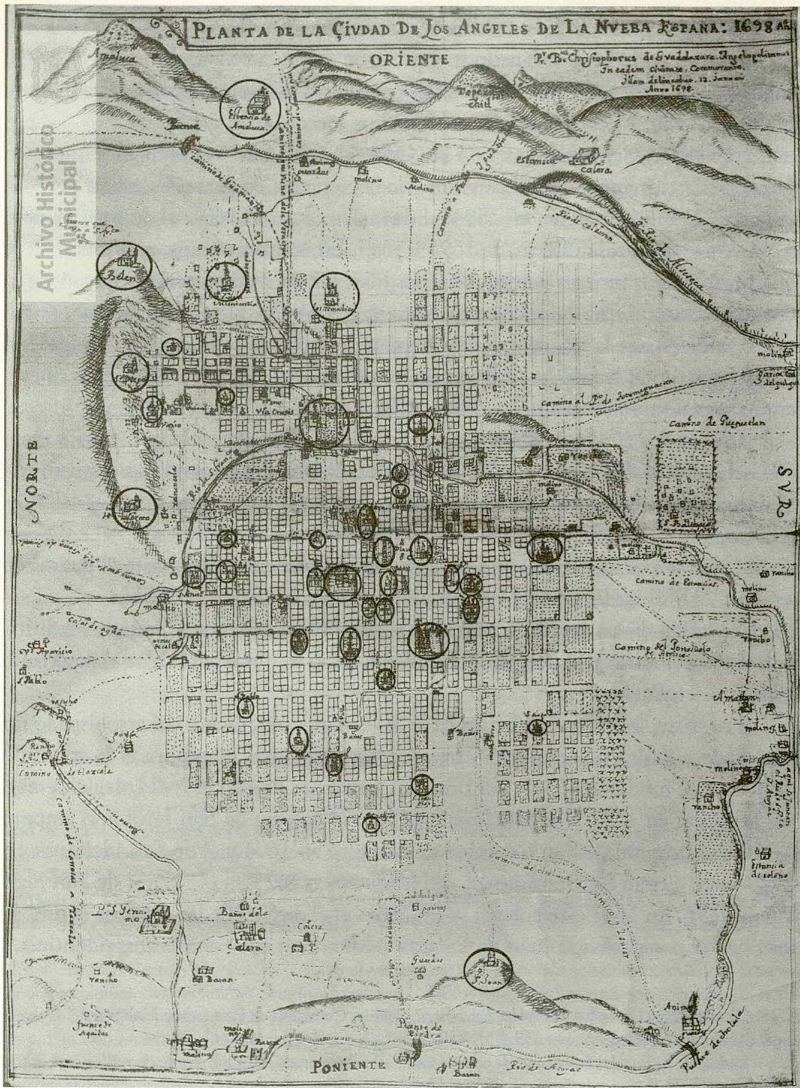
Plano 4. Ubicación de los pueblos indígenas tributarios de la Angelópolis, siglos XVI y XVII.

a la Cofradía de Nuestra Señora del Rosario, en el convento de Santo Domingo, una de las más antiguas y prestigiadas de la ciudad³⁵ (ver Plano 5).

La permanencia de los talleres de los alfareros dentro de la traza española, a pesar de su posterior expansión, es también una característica distinta de los loceros de Talavera de la Reina, Sevilla y de la propia ciudad de México, quienes desde el siglo XVI se ven obligados a mover sus locerías “extramuros” por la contaminación de los hornos.³⁶ Los loceros poblanos se establecieron siempre dentro de la traza española y pertenecen a lo largo del periodo colonial a la parroquia del Sagrario. Solo los talleres de indígenas y mestizos, de “loza amarilla” o común (es decir, sin esmalte estannífero) se asientan fuera de la traza, del otro lado del río de San Francisco. Algunos, con sus variaciones, permanecen hasta la actualidad.

Así, desde el punto de vista del uso del espacio, los primeros loceros logran establecerse en un lugar estratégico no solo desde el punto de vista de acceso a las materias primas, la fuerza de trabajo y el comercio, sino también dentro de un espacio social digno de la ascendencia española de dichos alfareros.

Las locerías y los centros históricos en Puebla, ciudad de México, Sevilla y Talavera de la Reina, siglos XVI-XVIII



MAPA 12. *Planta de la Ciudad de los Ángeles de la Nueva España, 1698.*

NOTA: Los círculos señalan las principales construcciones civiles y religiosas. Diseño de AM.

Plano 5. Los círculos señalan las principales construcciones civiles y religiosas de la ciudad de Puebla en el plano de Cristóbal de Guadaluara (1698).



Figura 1 y 2. Locería de Zayas. 10 Poniente 710.

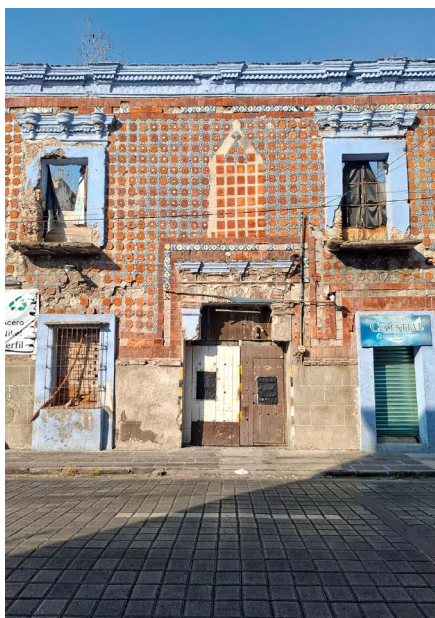


Lamentablemente, para la ubicación de estos primeros talleres se cuenta con referencias documentales, pero no arquitectónicas; aunque se sabe, por los vestigios de algunos tiestos arqueológicos y ciertas piezas, en qué consistió la producción inicial de la hoy conocida como talavera. Posteriormente, a partir de 1653, la comunidad integrada por los primeros loceros creció y se expandió a través de diversos mecanismos: los enlaces matrimoniales, la dote, la herencia, el sistema de trabajo maestro-oficial-

Las locerías y los centros históricos en Puebla, ciudad de México, Sevilla y Talavera de la Reina, siglos XVI-XVIII



Figura 3 y 4. Locería de Zayas. 10 Poniente 710.



aprendiz, la participación en las cofradías y la ubicación de los talleres, esta vez en torno al convento de la Merced y la iglesia de San Marcos, la cual ahora sí corresponde a lo indicado por Lister, es decir, en la zona norponiente de la ciudad, en la que existen hasta en la actualidad tres locerías del siglo XVIII en completo estado de abandono. Se trata de la antigua locería de Cabezas, en la actual 12 Poniente 708; la antigua locería de Zayas, en la 10 Poniente 710; y la antigua locería de Alfaro, en la 8 Poniente 713 (ver Plano 1).



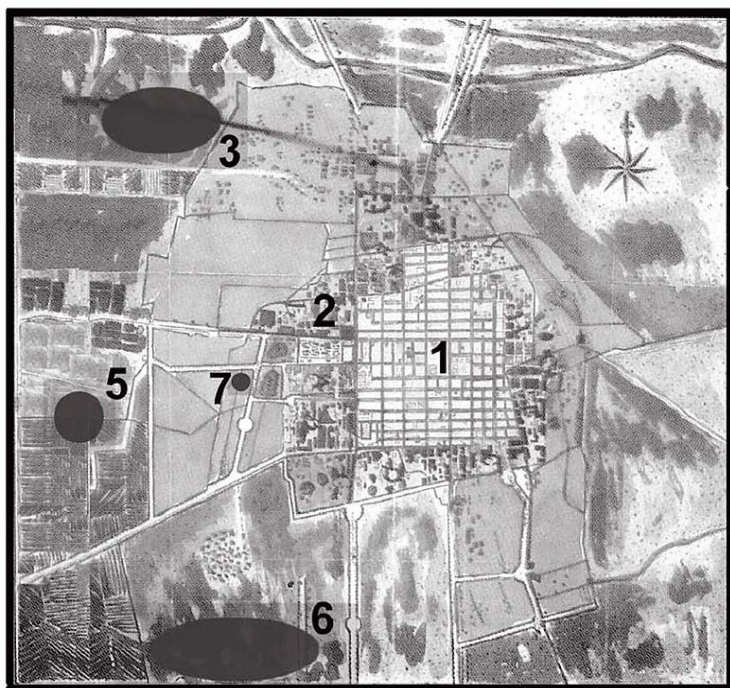
Figura 5 y 6. Locería de Alfaro, 8 Poniente 713.



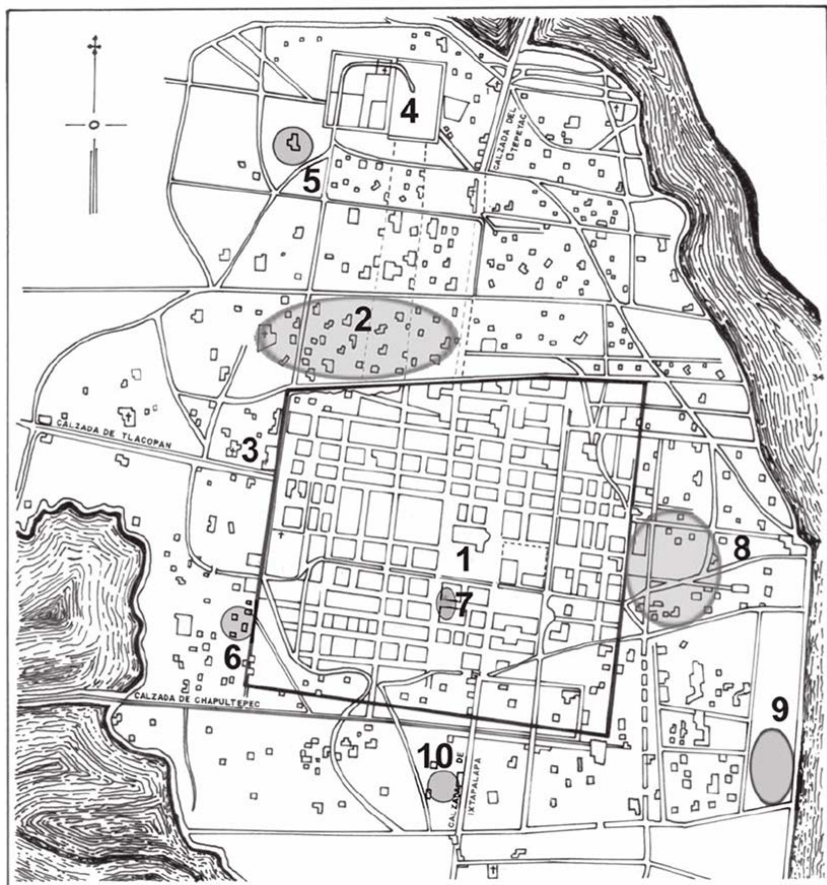
Las locerías y los centros históricos en Puebla, ciudad de México, Sevilla y Talavera de la Reina, siglos XVI-XVIII

CIUDAD DE MÉXICO

En el caso de la ciudad de México, a mediados del siglo XVI los loceros se asentaron en lo que entonces eran las afueras de la plaza principal de la ciudad —que hoy se conoce como la Alameda— y tenían como sus santas patronas, igual que en Sevilla, a Santa Julia y a Santa Rufina. Según indica Patricia Fournier, en los censos levantados en la ciudad de México entre 1753 y 1811 (AGN, Padrones) aparece registrado un número considerable de loceros y alfareros. La distribución espacial de los talleres era al poniente del conglomerado urbano de la época, emplazamiento, indica Fournier, que corresponde al parecer a la ubicación original de los primeros talleres y estaba fuera de la traza principal,



Plano 6. La ciudad de México en 1793 (adaptado de Cortés Delgado y González Aragón, 2003). 1) Catedral Metropolitana. 2) Barrio de los Alfareros. 3) Banco de Nonoalco. 4) Banco de la hacienda de Los Morales. 5) Banco de la hacienda de Teja. 6) Banco del ejido de La Piedad. 7) Banco de la Acordada.



Plano 7. La Ciudad de México en el siglo XVIII. Nótese la línea gruesa que demarca la traza original de la urbe. 1) Catedral Metropolitana. 2) Santa María la Ribera. 3) Santa Veracruz. 4) Tlatelolco. 5) Santa Catalina (taller de Diego de Vargas Piña). 6) San Juan. 7) Regina Coeli. 8) San Lázaro. 9) Ladrilleras. 10) San Antonio Abad. Fuente: La loza blanca novohispana: tecnohistoria de la mayólica en México. Patricia Fournier, Karime Castillo, Ronald L. Bishop y M. James Blackman.

resultado de la necesidad de mantener las humaredas de los hornos lejos de las residencias de los españoles y criollos que vivían en el primer cuadro. En dicha zona se han encontrado tanto restos de hornos cerámicos de doble cabina propios de la loza estannífera como tiestos arqueológicos que corresponden, por su tipología, a los siglos XVI al XVIII. Según comenta Fournier, los talleres se encontraban además en las inmediaciones del hospital de San Juan de Dios y de

Las locerías y los centros históricos en Puebla, ciudad de México, Sevilla y Talavera de la Reina, siglos XVI-XVIII

la Santa Veracruz, al norte, al oeste y este de la Calzada de Santa María, llegando hasta La Lagunilla; por el rumbo de San Antonio Abad, cerca del mercado de San Juan y las proximidades del Colegio de Vizcaínas; otro grupo se encontraba al oriente, hacia el puente de San Lázaro y cerca de Mixcalco; por Peralvillo también existían talleres y unos cuantos hacia Santiago Tlatelolco, además de, atípicamente, los que se encontraban en el centro mismo de la ciudad, vecinos de la iglesia de Regina Coeli. Esta distribución perduró hasta el siglo XIX, según consta en el directorio comercial de Eugenio Maillfert de 1897.

En el siguiente levantamiento de la ciudad de México de 1793 (Planos 6 y 7), adaptado por Cortés Delgado, pueden apreciarse los señalamientos referidos por Patricia Fournier y sus colaboradores. En el número 6 se distingue claramente lo que consideraba el primer cuadro en el siglo XVI; en el 7, el ya mencionado barrio colindante de los alfareros; y del 3 al 7, los distintos bancos de barro para los alfareros, tanto rojo como negro. Esta ubicación les permitía, por un lado, estar cerca del principal centro comercial de la ciudad de México, que era la plaza mayor, no molestar con el humo a los vecinos y, por el otro, abastecerse de los dos bancos de barro circundantes.

Para entrar en detalle, en el siguiente mapa puede apreciarse con claridad la traza original de la urbe (1) y cómo el barrio de alfareros se estableció en su colindancia (2); también se aprecia cómo fue expandiéndose la ciudad en el siglo XVIII, así como el establecimiento de ladrilleras en las afueras de la ciudad, colindando con el Lago.

SEVILLA

Veamos ahora el caso del asentamiento de los loceros de lo fino o esmalte estannífero en Sevilla.

A diferencia de Puebla de los Ángeles, ciudad recién fundada en 1521 conforme a los cánones del Renacimiento, Sevilla era una ciudad medieval y, como tal, contaba con una gran muralla. En esta, tanto bajo el dominio islámico como tras la posterior reconquista de la ciudad por las tropas castellanas, las ollerías y alfares de la ciudad estuvieron asentados en dos zonas: una intramuros, en torno a los barrios de San Pedro, San Vicente y San Marcos, y otra extramuros, en los arrabales de Triana y San Telmo, es decir, en la orilla izquierda del río Guadalquivir, del que los loceros se dotaban de agua y barro.

En el siglo XVI en Sevilla, a diferencia de Puebla, se produjo un movimiento radial que desplazó a los alfares y ollerías desde el interior de la ciudad hacia los arrabales, básicamente, según indica José María Sánchez, por dos motivos: 1) Por la insalubridad e incomodidad que la industria ocasionaba a la vecindad, ante la gran cantidad de humo que los hornos generaban. Sevilla, a diferencia de Puebla, era una ciudad altamente poblada en el siglo XVI. 2) Por los inconvenientes que a los propios alfares ocasionaban tanto el abastecimiento del barro al interior de la ciudad, dificultado por el trazo laberíntico de la propia urbe medieval, así como por la dificultad del abastecimiento de agua.

Los alfares intramuros se localizaban en el barrio de San Vicente, conocido como de los Humeros, en clara alusión a la gran cantidad de humo generada por dicha industria. Su ubicación en la zona, con loceros de reconocido prestigio, se debía a su cercanía con la Puerta de Goles, una de las entradas a la ciudad. Es decir, era de carácter estrictamente comercial.

Por su parte, durante el siglo XVI, los talleres establecidos en el barrio de Triana, al margen izquierdo del río Guadalquivir, ocupaban el 80 % de los alfares, constituyéndose en el barrio alfarero por excelencia. Triana se convirtió en el lugar idóneo para la instalación de los talleres debido a que:

Las locerías y los centros históricos en Puebla, ciudad de México, Sevilla y Talavera de la Reina, siglos XVI-XVIII



Figura 7. Horno del siglo XVIII de la lojería de Antonio Gómez. Foto: Alfonso Pleguezuelo.

Estaba lejos de la ciudad para evitar al vecindario las ya comentadas molestias, al mismo tiempo bien comunicado con la ciudad por el Puente de Barcas.

Su cercanía con el río, como hemos comentado ya en el caso de la ciudad de Puebla, suponía una fácil adquisición de las materias primas, como el barro, y suponía también contar con agua en abundancia. Ambos aspectos, además, ahorraban costos de transporte.

Existía, a su vez, en la zona de Triana un amplio territorio, necesario para la expansión de los alfares, que requieren para su buen funcionamiento de solares amplios. Las parcelas de mayor dimensión difícilmente podían obtenerse intramuros por la densidad de la población.

Por último, hay que agregar que existían en Sevilla talleres itinerantes, es decir, que se montaban en el lugar donde se producía la demanda; se trataba, desde luego, de grandes obras arquitectónicas que requerían de muchas piezas, tanto de loza como de azulejos. En esos casos, el ceramista trabajaba al pie de la obra y el contratante se ahorraba el costo del transporte.



Figura 8. El Museo de Cerámica de Triana. Foto Alfonso Pleguezuelo.

Haciendo una valoración, entonces, entre la ubicación de los talleres de Puebla y los de Sevilla, podemos determinar que los loceros poblanos del siglo XVI, ubicados en el perímetro ya señalado en las

cercanías del río de San Francisco, lograron cumplir tanto con el objetivo del abastecimiento de las materias primas como con el asentamiento en un área comercial.

De igual manera, se pueden distinguir talleres en la contraesquina o muy cerca de la construcción de los conventos en expansión a lo largo del siglo XVI y XVII. El inconveniente del humo para los vecinos solo sería un factor considerado posteriormente, conforme la ciudad fue creciendo. Y aun así, no implicó la salida de los talleres de lo que se conoce como la traza española.

Afortunadamente, en Sevilla se han logrado rescatar los hornos del siglo XVI al XX de la que fue locería de Antonio Gómez a finales del siglo XIX, hoy Museo de Cerámica de Triana (Fotos 7 y 8).

TALAVERA DE LA REINA

Por su parte, la ciudad de Talavera de la Reina, muy cercana a Toledo, como Sevilla, era también una ciudad antigua, de la época romana, con una enorme muralla para evitar la incursión de los bárbaros; fue recuperada del mundo árabe por los Reyes Católicos y, dada la fertilidad de sus suelos y la habilidad de sus artesanos, pronto fue considerada una ciudad favorita de la corona, que pasó a denominarse Talavera de la Reina, especializada en la loza fina, de inspiración italiana. Allí, los talleres de los loceros se establecieron también extramuros, a orillas del caudaloso río Tajo, de donde los artesanos se

Las locerías y los centros históricos en Puebla, ciudad de México, Sevilla y Talavera de la Reina, siglos XVI-XVIII



Figura 9. Museo Ruiz de Luna, Talavera de la Reina. Foto: Emma Yanes.

abastecían de agua, barro y arena, lo que les permitía, además, estar en una zona donde no molestaban a los vecinos asentados en la ciudad desde mucho tiempo atrás. Una vez consumada la conquista de México y la apertura comercial del mundo americano, los loceros talaveranos quedaron lejos de la salida comercial al Atlántico, por lo que fue común que sus loceros, que eran excelentes pintores, establecieran sus talleres ahora en Sevilla. Es decir, que a diferencia de la ciudad de Puebla, el problema del transporte y el acceso comercial para la venta de sus productos no les favorecía.

Talavera de la Reina cuenta con el Museo Ruiz de Luna (ver Foto 9) y, además se han rescatado importantes hornos en la ciudad. De igual manera, una de las más importantes colecciones de Talavera de la Reina, la colección Carranza, se encuentra en Toledo.

CONCLUSIONES

De acuerdo con lo analizado, considero que los loceros establecidos en la ciudad de México orientaron su cercanía al primer cuadro, es decir, hacia

sus consumidores, como el elemento fundamental para ubicar sus talleres, seguido de una relativa cercanía a los bancos de barro.

Los loceros poblanos, por su parte, en ventaja respecto a los artesanos tanto de Sevilla como de Talavera de la Reina y de la ciudad de México, lograron establecerse dentro de lo que se conoce como la traza española para garantizar el consumo de los ibéricos, y al mismo tiempo cerca del abastecimiento de las materias primas (barro y agua), de la fuerza de trabajo indígena y del camino de Veracruz rumbo a la ciudad de México.

De cualquier manera, queda pendiente en Puebla el rescate de los antiguos hornos cerámicos como centros de conocimiento, el establecimiento del Museo de la historia de la talavera (se pretendió hacer uno en la casa patio de los azulejos, pero resultó poco representativo), recurrir a entrevistas para elaborar las historias de vida de los trabajadores de la talavera más antiguos y elaborar el Plan de Salvaguarda, todavía pendiente.

N O T A S

¹ Yanes Rizo, Emma (2018), *Que de donde amigo vengo. Los orígenes de la estannífera o talavera poblana, 1550-1653*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, septiembre.

² Elías Trabulse, *Historia de la ciencia en México, siglo XVII*, México, FCE, 1985, pp. 47-49. Cristóbal de Guadalajara es mencionado también como científico mexicano por Antonio García Cubas en su *Diccionario Geográfico, Histórico y Biográfico de los Estados Unidos Mexicanos*, México, Antigua imprenta de Murguía, 1888, vol. 1, p. 159.

³ Fernando Chueca Goitia y Leopoldo Torres Balbas, *Planos de ciudades iberoamericanas y Filipinas, existentes en el Archivo General de Indias*, Madrid, 2.ª ed., 1981, pp. 242 y 575.

⁴ Francisco M. Vélez Pliego y Ambrosio Álvarez Guzmán, *Cartografía histórica de la ciudad de Puebla, carpeta*, Puebla, coedición ICSYH/Gobierno del Estado de Puebla, 1995.

⁵ Dado su rescate hasta los años cincuenta del siglo XX, dicho plano no se cita en la obra de Hugo Leicht, *Las calles de Puebla* (1930). Tampoco hay referencias al mismo en las obras de Lister and Lister (cotejar bibliografía).

⁶ Herbert J. Nickel, en su investigación *Agrimensura y cartografía en México, 1720-1920*, CD, México, UNAM/El Colegio de México, 2010, documenta la dificultad de ubicación precisa de la forma y tamaño de los terrenos y de la representación de instalaciones, caminos y tipos de explotación en los planos de la Nueva España hasta antes del siglo XVIII, en que se introdujo la técnica de la plancheta; de igual manera anota que el primer atlas topográfico con escala en México se realizó entre 1878 y

Las locerías y los centros históricos en Puebla, ciudad de México, Sevilla y Talavera de la Reina, siglos XVI-XVIII

1915, op. cit., p. 1. Por lo que consideramos que las probables imprecisiones en el plano de 1698 de Cristóbal de Guadalajara deben entenderse no tanto como errores propios del autor, sino como una limitación técnica de la época en que fue elaborado. La escala probable del plano considerada por Eloy Méndez es de un centímetro equivalente a 100 varas, ya que la medida del plano es de 43.2 x 31.2 cm.

⁷ Eloy Méndez Sáinz, *Urbanismo y morfología de las ciudades novohispanas*. El diseño de Puebla, México, UNAM/BUAP, 1988, p. 232.

⁸ Francisco Vélez Pliego, "Puebla de Zaragoza, antigua ciudad de los Ángeles, patrimonio cultural de la humanidad", en: *Revista electrónica Sociedad, Ciudad y Territorio*, Puebla, BUAP/ICSyH, 2001, pp. 9-16.

⁹ Lister Florence y Robert Lister, *Sixteenth Century Maiolica in the Valley of Mexico*. Arizona: The Univ. of Arizona Press, *Anthropological Papers*, núm. 39, 1982, pp. 145-48. Y de los mismos autores: "The Potter's Quarter of Colonial Puebla, México", *Historical Archaeology*, vol. 18, 1982, pp. 88-91. Hugo Leicht, op. cit., pp. 123-24.

¹⁰ Véase Efraín Castro Morales, op. cit., p. 27. Margaret E. Connors McQuade, "Loza Poblana: the emergence of mexican ceramic tradition", *Doctor of Philosophy*, The City University of New York, 2005, pp. 76-79, 213.

¹¹ Para localizar los talleres partimos del grupo documental de 1595 a 1697 compilado por nosotros, en su mayoría inédito. Cuando nos pareció pertinente, luego de cotejar nuestros documentos originales, agregamos información publicada por Cervantes. Después separamos los loceros que pertenecieron a la comunidad original de aquellos que no lo fueron, con base en criterios ya manejados a lo largo de la investigación. Posteriormente cotejamos las direcciones, y ubicamos calles y colindancias con base en el libro de Hugo Leicht ya citado. Más adelante ubicamos los talleres en el plano División parroquial de Puebla de los Ángeles, *Nomenclatura de 1777*, elaborado por la BUAP, con los nombres originales de las calles en la etapa colonial; con base en este, trasladamos la información al plano de 1698.

¹² Alberto Carabarán, *Agua y confort en la vida de la antigua Puebla*, Puebla, BUAP, 2000, p. 59.

¹³ Hugo Leicht, op. cit., p. 59.

¹⁴ *Ibidem*, p. 46. Sobre la destreza técnica que se requirió para la elaboración de dichas obras, ver Alberto Carabarán, op. cit., p. 71.

¹⁵ El ayuntamiento de Puebla hizo merced al Convento de Santo Domingo de la mitad del agua de una fuente próxima al camino de Tlaxcala. Posteriormente, los dominicos hallaron, no muy lejos de la misma, otros manantiales; pidieron al Ayuntamiento les diera al Convento la mitad de esas aguas, a cambio de hacerla llegar a la ciudad, lo cual fue aprobado.

¹⁶ Hugo Leicht, op. cit., p. 437.

¹⁷ *Ibidem*, p. 242.

¹⁸ *Ibidem*, p. 161.

¹⁹ Sobre la extensión de la red hidráulica de barro a lo largo y ancho de la ciudad en la etapa colonial, así como los vestigios de cañerías de barro rescatados por el departamento de arqueología del INAH, Puebla, nos detendremos en otro capítulo.

²⁰ Hugo Leicht, op. cit., p. 374.

²¹ Enrique A. Cervantes, op. cit., t. 1, pp. 1-2.

²² Hugo Leicht, op. cit., p. 124. Eloy Méndez, op. cit., p. 155.

²³ Blas Román Castellón Huerta (coord.), *Sal y salinas...*, op. cit., p. 70. Alexander von Humboldt, *Ensayo político...*, op. cit., pp. 459-60.

²⁴ Hugo Leicht, op. cit., pp. 188-89.

²⁵ *Ibíd.*, p. 1.

²⁶ "La Puebla de los Ángeles en el siglo XVI" en *Actas de cabildo de la ciudad de Puebla, siglo XVI*, Puebla, Archivo Histórico Municipal de Puebla, 1998, formato en CD, p. 509.

²⁷ Véase Emma Yanes Rizo, *Pasión y coleccionismo. El Museo de Arte José Luis Bello y González*, México, INAH, 2005, p. 145.

²⁸ *Idem.*

²⁹ *Idem.*

³⁰ Véase José María Sánchez Cortegana, "El oficio del ollero en Sevilla en el siglo XVI", *Arte hispalense*, Sevilla, Publicaciones de la Excma Diputación Provincial de Sevilla, 1994, núm. 65, p. 76.

³¹ Eloy Méndez Sáinz, *Urbanismo...*, op. cit., p. 193.

³² *Ibíd.*, p. 198.

³³ *Ibíd.*, p. 211.

³⁴ Emma Yanes, op. cit., pp. 159-60.

³⁵ Fray Francisco R. de los Ríos Arce, *Puebla de los Ángeles. La orden dominicana*, Puebla, Imprenta, Librería y Papelería "El escritorio", 1910, 3 vols. *La Orden Dominicana*, Puebla, Imprenta del Colegio Pío de Ciencias y Artes, 1910, t. II, p. 118.

³⁶ José María Sánchez Cortegana, op. cit., pp. 72-73.

ELEMENTOS

www.elementos.buap.mx

Cuaderno de *Elementos* No. 16

Se publicó en abril de 2026